

del Norte de Alemania. Dijo el ministro francés que al insistir en una contestación precisa estaba muy distante de querer ejercer presión alguna, ni mucho menos de amenazar, á pesar del cambio que se había efectuado en la actitud del conde de Bismarck, pero, añadió, «es importante saber si á pesar de la apariencia exterior el conde de Bismarck ha renunciado á continuar respecto de la Francia por el camino que en un principio le inspiró su elevada ciencia política. Si su contestación no se hallare de acuerdo con nuestros deseos, ni con esperanzas que no debieron haberse despertado sin la firme intención de cumplirlas, sabremos por lo menos á qué atenernos antes de abrir las cámaras (1).» En igual sentido escribió el marqués de Moustier en 7 de enero de 1867 á Benedetti: «A pesar de nuestra resolución de observar una actitud decididamente expectante, no podemos permitir por más tiempo que las cosas sigan como están ahora. Las cámaras se reunirán y nuestro lenguaje, aunque continúe siendo tranquilo, no puede conservar en cada caso exactamente el mismo acento. Esto ha tratado de hacer comprender el señor Rouher, autorizado por el emperador, recientemente, al conde de Goltz, apoyándose para esto en las exigencias de nuestra política interior y de sus deberes personales como ministro de Estado.»

Fué, pues, menester que Benedetti diera una nueva embestida en enero de 1867 y la dió separando aquella vez dos puntos de la negociación, á saber: el tratado de alianza en cinco artículos ofrecido el 20 de agosto y el derecho de tener la Prusia guarnición en la fortaleza de Luxemburgo, pues lo que sabemos de la primera contestación de Bismarck se refiere solo á la citada fortaleza. Dijo el ministro prusiano al embajador francés que todas sus tentativas para convencer al rey habían resultado vanas, pero que había encontrado apoyo en los generales Roon y Manteuffel, que habían convenido en que la posición militar en la cuestión de Luxemburgo no tenía la importancia que al principio se le había dado, y que en caso necesario se podía renunciar á ella si la Prusia, en cambio de este sacrificio, alcanzara las ventajas políticas que su posesión le daba. La desgracia era, según Bismarck, que las razones de los dos generales habían sido impotentes contra los escrúpulos del rey; «el rey, añadió, es esclavo del deber y se ha empeñado en creer que su deber le manda no retirar sus tropas de una plaza cuya custodia le ha encargado la Europa.» Para desarmar esta objeción no quedaba más que un medio, á saber: un movimiento popular en el mismo Luxemburgo que convenciera al rey de que la retirada de su ejército era un deseo ardiente del pueblo. «Ustedes tienen banqueros luxemburgueses en París, continuó diciendo Bismarck, que son omnipotentes en su país y que de buena gana harían á ustedes un buen servicio. Una manifestación modesta y organizada sin ruido no alborotaría á nadie y bastaría para facilitar al rey su resolución. Mas infalible sería todavía otro remedio: una solicitud de los notables del país ó de la cámara de comercio para arrasar las obras de defensa de la plaza como consecuencia de la nueva organización que se ha dado á Alemania y como garantía de la paz y de la concordia entre las potencias.»

Con esto llegaron ya á distinguirse los perfiles del plan de solución que Bismarck pensaba dar á la cuestión del Luxemburgo. No quería agregar este país á la confederación del Norte á pesar de pertenecer á la unión aduanera y de haber pertenecido á la confederación antigua. Tampoco tenía intención de conservar una guarnición prusiana en la plaza citada, pero con la condición de que cesara de ser plaza de guerra, y mucho menos quería que se apoderara de ella la

(1) Rothan: *El asunto del Luxemburgo*, páginas 113 y 114.

Francia. Así es que se arregló de una manera indirecta para conseguir sus propósitos; y á este objeto se dirigía el ofrecimiento de arrasar las obras de fortificación como la mejor respuesta á las reclamaciones urgentes de la Francia, que deseaba librarse de las fortalezas fronterizas de la confederación alemana. La supresión de Luxemburgo como fortaleza resonó por supuesto á los oídos de Benedetti como una burla, y Rothan dice (pág. 120): «Pedir que la Francia derribara con sus propias manos la obra de Vauban solo por la satisfacción de incorporarse 199,000 almas, sería formar una idea singular de nuestra dignidad. Benedetti dió á conocer cuánto le disgustaba este ofrecimiento, al cual solo pudiera haber contestado con palabras de indignación y no tenía instrucciones para provocar una ruptura.» Por tanto insistió más y más en la evacuación de la fortaleza por los prusianos y pidió que Bismarck, con el apoyo de la opinión del general Moltke, procurara obtener del rey este primer paso, el más necesario, diciendo que una resolución del rey de evacuar voluntariamente el Luxemburgo resolvería todas las dificultades y sería una sólida garantía de la buena voluntad de la Prusia. Bismarck no consideró así el asunto y respondió á Benedetti: «Usted puede tener razón, pero si, como preveo, resultaran mis esfuerzos infructuosos, se habría perdido todo, y esto lo sentiríamos nosotros tanto más cuanto que tenemos encima el momento de comparecer ante el parlamento, al cual tenemos que presentar una solución respecto del Luxemburgo y del Limburgo. Yo tendré que explicarme y encargarme de compromisos que no me dejan libertad de acción. Usted de consiguiente se encuentra en el mismo caso urgente que yo y lo mejor que puedo aconsejarle es seguir el camino que propongo y que en mi opinión es el más corto y el más seguro.» Al final de esta larga entrevista pidió Benedetti una respuesta también respecto del proyecto de alianza, pero solo recibió evasivas basadas en el carácter del rey, que era un obstáculo invencible, diciendo Bismarck que más de cuatro años había trabajado sin descanso para decidir al rey á la guerra contra el Austria, y que de la Francia no podía esperar tanta paciencia. El rey se espantaba de una alianza ofensiva con la Francia, que le obligaría á ayudar á ésta con todas sus fuerzas militares á conquistar la Bélgica. Por otra parte dijo Bismarck que creía serle más fácil determinar al rey á una alianza puramente defensiva que obligara á la Prusia solo á una neutralidad benévola.

Es evidente que la alianza no siendo ofensiva no tenía valor para la Francia y que el ofrecimiento de Bismarck era la negación cortés á toda alianza, bien que Benedetti no lo comprendió así, porque dijo al final de su larga comunicación: «No creo que en Berlín se juegue un juego convenido de antemano. Creo en la buena fe del presidente del ministerio y quiero conceder que hemos de seguirle al terreno en el cual se coloca y que en él debemos continuar las negociaciones con la única condición de estar alerta y preparados á cualquier evento.» El emperador aceptó el consejo de Benedetti y creyó lo mismo que éste que el camino que indicaba sería el más corto y seguro para llegar á su objeto. Sin embargo, á lo mejor le participó el embajador prusiano que el general Moltke, al parecer tan bien dispuesto, había cambiado súbitamente de opinión y pedía que se arrasaran las obras de fortificación al evacuar la plaza.

Esto indignó al emperador, el cual hizo escribir á Benedetti por su ministro Moustier: «El emperador nada quiere saber de Luxemburgo, lo que le importa es la fortaleza; esto me ha declarado en los términos más decididos. Planteada esta cuestión, equivale á inutilizar desde luego la negociación, tan complicada ya; y el que en tales circunstancias siguiera el camino indicado por el señor Bismarck se vería

conducido justamente á donde no quisiera ir y á donde se nos quiere conducir acaso con astucia.» No obstante, no pudo el emperador resolverse á romper las negociaciones, pero tuvo que renunciar desde luego á la alianza, y sobre esto hizo escribir al ministro: «Desde el momento en que la Prusia no se arroja en nuestros brazos como pareció querer arrojarle hace algunos meses, sería muy injusto hacerle fuerza, pues en tal caso la alianza ofensiva y defensiva no tendría las ventajas que pudiera tener si por ambas partes fuese aceptada sin titubear. Lo que nos importa es tener la seguridad de que no encontraremos á la Prusia en ninguna alianza dirigida contra nosotros y que tendremos asegurada su neutralidad en cualquiera cosa que intentásemos. El conde de Goltz asegura que podemos contar con ella y hasta se adelanta á ofrecernos una neutralidad benévola que se cambiaría en una neutralidad armada á favor nuestro tan pronto como nos viéramos empeñados en una guerra, por ejemplo con Inglaterra. Finalmente, solo se trata de saber en qué forma y hasta dónde nos toca fijar estas buenas intenciones, si por medio de un convenio ó simplemente por medio de un cambio de notas. El emperador, al cual he hecho leer esta carta, en la cual encuentra bien expresada su idea, se inclina al cambio de notas. Le repugna comprometerse respecto de uno que no se obliga en términos claros.»

CAPITULO VII

LA SALVACION DEL LUXEMBURGO

Al leer las negociaciones diplomáticas relativas al Luxemburgo, que han sido publicadas por Rothan en todos sus detalles, nos llenamos de admiración por muchos conceptos, pero principalmente por la inventiva del emperador Napoleón III para encontrar siempre nuevos motivos de dejarse engañar y para no ver ni entender lo que habría visto y entendido desde el primer momento un diplomático desconfiado por deber. Cuando el príncipe de Talleyrand, en el año 1831, pidió en la conferencia de Londres, como indemnización por la neutralidad del nuevo reino de Bélgica, la agregación del Luxemburgo á la Francia, escribió lord Palmerston al embajador inglés en París, lord Granville: «Los gobiernos de Francia padecen una manía singular; cuando se ven agobiados por dificultades interiores creen que se les debe permitir para sostenerse proporcionarse un triunfo exterior, aunque sea á costa de un acto injusto, incomprensible y contrario á los tratados.» Mas singular que esta tendencia era la suposición de que todas las potencias extranjeras debían reconocerla como justa y habían de contribuir con sacrificios á satisfacerla. Tratándose de contentar á la Francia no había derecho internacional, ni costumbres nacionales, ni nacionalidades, ni dinastías, ni constituciones que entrasen en consideración cuando convenía correr, aunque fuese con una rectificación de fronteras, al auxilio de un gobierno francés que se sentía ya atacado de un principio de parálisis. Desde la publicación de las negociaciones sobre el Luxemburgo y la Bélgica se ha comprendido hasta qué grado esta tendencia y estas suposiciones se hallaban desarrolladas en Napoleón III, y fueron su castigo. Fué su obcecación la que le hizo buscar todas las excusas para dejarse engañar. Toda diplomacia que omite el depurar las palabras que se le dirigen en el crisol de los hechos para asegurarse de su sinceridad, se vé cogida en sus propios lazos sin que pueda atribuir á nadie la culpa sino á sí misma.

Fué un nuevo triunfo brillante de Bismarck sobre la diplomacia imperial la renuncia de Napoleón á su proyecto de alianza del 20 de agosto, como había renunciado al anterior

proyecto del 5, creyendo siempre que recibiría del presidente del ministerio prusiano lo que éste llamaba su propina. Al ver Bismarck cuán bien le salían los asuntos pendientes con la corte imperial, se mostró tan verboso y comunicativo con Benedetti como éste no le había visto desde muchísimo tiempo. Reconoció que la Francia no podía dejar que se realizaran toda clase de modificaciones territoriales en Alemania sin conseguir una indemnización para sí misma. Dijo que una inteligencia entre los dos gobiernos sería tanto más deseada cuanto que las intenciones del Austria no tenían nada de amistosas y solo pensaba en una guerra de venganza y en la cooperación de la Francia para ella, lo cual no cesaba, dijo, de hacer comprender al rey Guillermo. El rey, sin em-



El marqués de Moustier
(grabado en cobre de Weger, según una fotografía)

bargo, estaba vacilante y receloso, y para hacerle tomar una resolución se necesitaba un suceso, un caso imprevisto y serio. «¿Por qué, dijo Bismarck, se esfuerza el emperador Napoleón tanto en apagar el fuego que amenaza estallar en Oriente? A este incendio podrían la Francia y la Prusia calentarse las manos. Ustedes los franceses no tienen tampoco como nosotros, los prusianos, un interés directo en Oriente, y si resultaran complicaciones tendríamos bien ó mal que marchar unidos (1).»

En los días en que se celebraron estas conversaciones, se habló en los círculos diplomáticos de Berlín de un matrimonio que debía realizarse muy pronto y que por cierto no permitía creer que la corte prusiana pensara unir la Bélgica á la Francia. El conde de Flandes, hermano del rey Leopoldo segundo de Bélgica y sucesor presunto del trono, debía casarse y se desposó entonces con la princesa de Hohenzollern-Sigmaringen, siendo el autor de esta unión el mismo barón de Nothomb, desde 1831 el defensor más tenaz de la Bélgica y del Luxemburgo contra todas las concupiscencias de la Francia. Bismarck se dió prisa á desvanecer en el ánimo del embajador de Francia todos los recelos que este casamiento debía despertar en él, diciéndole que no era obra suya y que

(1) Rothan, pág. 129.

muy al contrario él había llamado la atención del príncipe de Hohenzollern sobre la inestabilidad de la monarquía belga. De todos modos el casamiento era un simple asunto de familia que no formaba ningún lazo político entre Bruselas y Berlín. Tanto tranquilizó á Benedetti que éste escribió en 18 de febrero á su gobierno: «Una vez en Luxemburgo nos hallaremos camino de Bruselas y mejor es que vayamos allí con la neutralidad de la Prusia que exponernos á una guerra con ella si hacemos una alianza con el Austria. Pero no olvidemos que mientras el señor de Bismarck nos propone pegar fuego á la Turquía, y mientras el señor de Goltz nos ofrece la neutralidad y hasta la neutralidad armada de la Prusia, se duplican en Berlín los esfuerzos para estar preparados militar y políticamente á todas las contingencias.»

Napoleon, habiendo renunciado primero á los países rhenanos y luego á la alianza, creyó estar por lo menos seguro de la neutralidad benévola de la Prusia, y con esta seguridad resolvió entrar en negociaciones directas con el rey de Holanda para conseguir sin dilaciones la incorporación del Luxemburgo. Si hubiese podido, habría indicado ya este asunto en su discurso del trono en 14 de febrero; pero no pudiendo hacerlo, se contentó con hablar del *jallo!* que había dado al vencedor de Königgratz, lo cual fué muy mal recibido en Berlín y el rey Guillermo contestó á esta procacidad de una manera contundente en su discurso del trono del día 24 de febrero.

Desde fines de enero de 1860 estaba lleno el gran ducado de Luxemburgo de agentes franceses, ya fuesen enviados expresos, ya empleados de ferrocarriles, de bancos y otros establecimientos, oficiales del ejército y viajeros, que estaban haciendo atmósfera á favor de la Francia, en cuyo seno, al decir de ellos, aquel país había de encontrar todas las dichas. Eran naturalmente muy favorables las noticias que todos estos agentes enviaban á París, tanto que el ministro escribió en 18 de febrero á Benedetti que en el gran ducado se estaba calentando el hierro para forjarlo y que la población se mostraba muy favorable. Añadió que el embajador francés en el Haya, Baudin, se disponía á presentar al conde de Zuylen un tratado de alianza con Holanda semejante al que se había hecho con la Suecia durante la guerra de Crimea. Este pensamiento gustaba mucho al emperador por parecerle como una contra-federación en vista de la alemana del Norte (1). Si el gobierno de los Países-Bajos se mostrara en este punto muy deseoso, sería esto un nuevo motivo para la inmediata cesión del Luxemburgo. «El consejo que el señor de Bismarck nos ha dado tocante á esto explicará nuestros pasos y pondrá á salvo las apariencias si acaso se llegara á divulgar algo. De todos modos induciremos al rey á reclamar de la Prusia cuanto antes la retirada de sus fuerzas.» Antes de recibir Baudin orden de iniciar el asunto, el ministro Moustier había enviado las comunicaciones que eran del caso al gobierno del Haya por medio de su representante en París, en las cuales se hablaba de dos tratados correlativos que debían presentarse al rey de Holanda, á saber: un tratado defensivo que garantizase á la Holanda la posesión de Limburgo y la defensa contra toda presión de parte de la Prusia, y otro que asegurase á la Francia la cesión del Luxemburgo. A esto añadía el ministro francés que la Prusia estaba preparada y que no se oponía, ni pedía otra cosa sino aparecer forzada, porque esto le procuraba el medio de retirar su guarnición sin herir el sentimiento nacional. También añadía el ministro que el emperador, muy lejos de tener deseos de

(1) Alude al tratado del 21 de noviembre de 1855, firmado en Estocolmo entre la Francia, la Inglaterra y la Suecia, mencionado por Teotot en su: *Repertorio de los tratados de paz, de alianza, de comercio, etc.*, París, parte alfabética.

conquistas, cedía únicamente á forzosas consideraciones políticas y estratégicas que no le permitían consentir que en la frontera de Francia se hallara en manos de la Prusia una fortaleza de primera clase; que tenía que contar con el sentimiento de dignidad nacional de su país, sentimiento que por los últimos sucesos había recibido sensibles heridas. Si se negara esta satisfacción al emperador, la opinión pública sobrecitada le obligaría más ó menos pronto á desenvainar la espada. La guerra sería una desgracia para todo el mundo, pero la primera víctima sería la Holanda, que perdería á Limburgo y quizás su independencia (2).

Baudin observó que estas consideraciones no producían en el gobierno de Holanda el efecto deseado. La cuestión principal para los holandeses era lo que diría la Prusia respecto de la cesión, y sobre esto no se tenía ningún dato positivo. Además había incertidumbre respecto del porvenir de la Francia. El emperador estaba enfermo y si moría y le sucedía en el gobierno el príncipe Napoleon como regente en nombre del príncipe imperial, perdían todo su valor la alianza y todas las garantías propuestas, porque el príncipe estaba en malísimas relaciones con el rey. Estas eran las objeciones que el ministro de Negocios extranjeros de Holanda hizo al embajador francés, el cual no dudó que saldría airoso de su cometido á pesar de lo que atribuyó á vacilaciones y falta de simpatías por la Francia del ministro holandés; porque en cuanto al rey, á la reina y sobre todo al príncipe de Orange estaba persuadido de sus sentimientos favorables á la Francia.

Para vencer el recelo respecto de la Prusia bastaba poder enseñar un documento escrito de mano del conde de Bismarck favorable al asunto; y Benedetti creyó encontrar este documento en un escrito que á este objeto el ministro Moustier envió por su medio á Bismarck, en cuyo escrito las declaraciones verbales de éste estaban repetidas de una manera que Bismarck no podía menos de contestar á ellas, y de todos modos se sabría á qué atenerse respecto de sus declaraciones.

Moustier escribió, pues, la carta convenida, y Benedetti la envió con algunos renglones explicativos á Bismarck; pero éste no acusó recibo y al día siguiente se presentó Benedetti personalmente al ministro prusiano, sobre cuya mesa vió abierta su carta. Bismarck la volvió á leer con el embajador francés y observó que éste había repetido sus expresiones en lo principal con exactitud, solo que en dos puntos decía más la carta de lo que Bismarck podía permitir. No había dicho ni podido decir que fuera difícil para la Prusia sostener la legalidad de su derecho de guarnecer la plaza de Luxemburgo, ni tampoco que por el mero hecho de la disolución de la confederación alemana hubiera caducado este derecho. Bismarck aseguró haber dicho que podía suponerse esto, pero que él no se había obligado á no refutar esta especie. El segundo punto en que el embajador, según Bismarck, se había equivocado, era que el gobierno de Prusia no tendría nada que decir en contra de la cesión del Luxemburgo y que ante el hecho consumado retiraría sus tropas sin esperar á que se le pidiera. El conde de Bismarck declaró en términos precisos que no podía permitir que se creyese que la Prusia no tuviera nada que decir contra semejante arreglo.

Con esto quedó Benedetti burlado en su tentativa de obtener alguna cosa escrita que pudiera tranquilizar y en su caso animar al rey de Holanda. Los dos puntos de la carta del ministro Moustier que Bismarck había encontrado defectuosos eran justamente los principales; es decir, que negó la renuncia al derecho de guarnición y la decisión de no oponerse á la

(2) Rothan, pág. 168.

incorporación del Luxemburgo á la Francia. Lo que Bismarck añadió en su conversación con el embajador francés para manifestarle los sentimientos personales del ministro de Prusia, que eran siempre los mismos, no tenía fuerza diplomática ninguna para permitir al emperador sacar las consecuencias que le convenían. Bismarck continuó aconsejando al embajador que lo mejor sería entenderse directamente con el rey de Holanda, á lo cual el rey de Prusia nada tendría que objetar, y por otra parte suplicó á Benedetti que le dejara la carta de su ministro para que la pudiera leer á su soberano y enterarle de lo que en ella se trataba, á fin de vencerle por medio de un escrito confidencial, del propio puño del ministro imperial, cuánto empeño tenía Napoleon por entenderse con él. Al día siguiente confió Bismarck á Benedetti que el rey había sentido mucho que él, Bismarck, se hubiera comprometido tanto con la Francia, pero sin obligarle por eso á revocar ninguna de sus comunicaciones confidenciales. «De suerte, dice Rothan, que podíamos deducir del asentimiento que el rey Guillermo había dado á su ministro, que el rey de Holanda nos podía ceder sus derechos al Luxemburgo; que estábamos autorizados á entablar negociaciones sobre esto, y que tan pronto como se verificara la cesión del gran ducado á nuestro favor, la Prusia retiraría su guarnición.» Al final de esta conversación, que se hizo decisiva para la resolución del emperador, dió Benedetti la mano á Bismarck y le dijo, fijando en él su mirada más penetrante, como cuando se trata de un convenio solemne: «Parto esta noche para París; ¿puedo comunicar al emperador lo que usted acaba de decirme?» A lo cual Bismarck le contestó, sin pestañear y con el acento de la mayor convicción: «A esto le autorizo á usted; las intenciones del rey son tan buenas que todavía ayer me dijo: «Si el Luxemburgo es cedido á la Francia, no podrá culparme de nada el pueblo alemán, que tendrá que entenderse con el rey de Holanda (1).»

Para que estas palabras del rey Guillermo y las de su ministro no sean interpretadas por nuestros lectores como las interpretó Napoleon y sus hombres de Estado, debemos recordar aquí las reservas que Bismarck hizo tan expresamente como era posible al principio de esta conversación decisiva y que no obstante no fueron tenidas en cuenta por los franceses, á saber: las dos renunciaciones que Bismarck expresamente negó, y que solamente en el caso de haberlas hecho hubiera estado el gobierno francés autorizado, al entenderse con el gobierno holandés, para obligar al gobierno prusiano á conformarse con el arreglo que se hubiera llegado á hacer entre la Francia y la Holanda. Solo en este caso de haber hecho la Prusia la renuncia que decía la carta del ministro de Francia, se habría podido ver el rey de Holanda libre de todo compromiso respecto de la Prusia. No siendo así, aquel consejo de Bismarck fué solo un recurso evasivo usado en la diplomacia para ganar tiempo, porque el rey de Prusia no era soberano del Luxemburgo: lo era el rey de Holanda, como gran duque de aquel Estado; por manera que á él le tocaba la primera y última palabra en este asunto. Cuando era miembro de la confederación alemana debía tener las necesarias consideraciones á esta confederación al ejercer sus derechos soberanos; pero la confederación había cesado de existir y el gran ducado de Luxemburgo no formaba parte de la confederación alemana del Norte ni había sido invitado á entrar en ella; de modo que el rey de Prusia no podía dar ninguna clase de orden al gran duque de Luxemburgo, ó sea al rey de Holanda. Si éste, sin haber sido autorizado por la Prusia y después de haber ésta negado expresamente

(1) Rothan, pág. 178.

su consentimiento previo, hubiese llegado á vender su gran ducado de Luxemburgo á la Francia, habría quedado exclusivamente responsable de su acto; y si el pueblo alemán se revolviere contra él, tendría que entenderse con el rey de Holanda y no con el de Prusia. Esto fué lo que el rey Guillermo quiso expresar en las palabras que Bismarck comunicó á Benedetti. Verdad es que en ellas había como una excitación á probar fortuna, sin que en Berlín hubiese el menor deseo de que semejante tentativa saliera afortunada, pero por otra parte semejante tentativa era el único recurso no empleado todavía para poner término á la negociación, que no podía prolongarse más. Era preciso que al fin se desvaneciera en París la fatal ilusión en que aquel gobierno vivía respecto de su petulancia para creerse con derecho á cobrar el barato.

A la última negociación en la corte de Prusia siguieron por parte del gabinete de París informes en las cortes de Inglaterra, Rusia y Austria, relativos á la proyectada cesión del Luxemburgo. Lord Cowley y el baron de Budberg contestaron muy satisfactoriamente; pero con la mayor sorpresa de Napoleon no lo hizo así el conde de Beust, con el cual justamente había contado con toda seguridad. El ministro de Austria advirtió al gobierno francés la gravedad de lo que iba á hacer y escribió: «La Francia se ha elegido un campo de batalla muy desfavorable. Es un negocio de dinero proyectado en favor de la caja de un rey y en perjuicio de una población considerada como alemana y que forma parte de la unión aduanera. Esto es más de lo que necesita el señor de Bismarck para inflamar las pasiones nacionales. Por lo pronto la Prusia tiene la ventaja de la posesión, y hacerla salir de una fortaleza que pasa por ser un baluarte de Alemania, no será cosa fácil. Es autorizar al señor de Bismarck para apelar al espíritu nacional y facilitarle la reunión de todos los descontentos alrededor de su bandera.» Esto fué una advertencia desagradable, pero no espantó en París, porque todo lo demás prometía buen éxito.

Baudin había emprendido el asunto con mucho ardor y telegrafió en 19 de marzo á su ministro: «Son las ocho de la noche y vengo de ver al rey. Me ha dicho en muy alta voz que solo consentiría en negociaciones en presencia de tres partes y en pleno día. Yo le he asegurado que la Prusia aceptaría el hecho consumado, negándose entretanto á tratar sobre la cesión. He añadido que la Prusia no mostraba mala voluntad respecto de Holanda y que se presentaría conciliadora respecto del Limburgo. Después de una larga conversación y de vivas instancias he propuesto inmediatamente un convenio, que ha de quedar secreto hasta que la población del gran ducado haya expresado su voto; y que para nosotros será un punto de honor fijar para S. M. un precio de venta que ha de dejarle satisfecho y luego otro tratado secreto garantizando el territorio de los Países-Bajos. El rey me ha despedido con las palabras: «Pues bien, yo no digo no.» Me ha prometido el secreto. En el transcurso del día ya había acostumbrado al señor de Zuylen á la misma idea. Mañana le volveré á ver. ¿Cuál ha de ser el último precio de compra? ¿Estoy autorizado para firmar los dos proyectos que V. E. tiene en su poder?» El ministro contestó inmediatamente: «Le felicito por su buen éxito. Ya que el rey está conforme con guardar el secreto, lo guardaremos también en Berlín hasta nueva orden. Usted puede firmar inmediatamente los dos tratados y reservar el arreglo del precio de compra. El emperador ha hablado de cuatro á cinco millones; usted sondeará el terreno sin pasar de este límite, y averigüe usted lo que se piense de ello. Yo volveré á hablar sobre el asunto con el emperador. Si usted vé á S. M. le dirá cuán agradecidos le estamos de que comprenda á lo que nos obliga la